



# Discurso en la apertura del VII Congreso mundial de la I.C. Dolores Ibárruri (Pasionaria)

Moscú, Agosto de 1935



Camaradas:

Al comenzar las tareas del VII Congreso de nuestra Internacional Comunista, Congreso al que nunca con más justeza se puede calificar de histórico, sean mis primeras palabras un fraternal saludo para el Estado Mayor de la Revolución reunido en este Congreso, en nombre del Partido Comunista de España, en nombre también del proletariado y de los campesinos revolucionarios, y muy especialmente, en nombre de los heroicos luchadores de Asturias, que en su lucha insurreccional combatieron tomando como ejemplo a la Unión Soviética y luchando por el Gobierno Obrero y Campesino. (Aplausos.)

No puede ocultársenos la enorme trascendencia de este Congreso, en el cual no solamente vamos a poder comprobar a través de una magnífica experiencia donada por los acontecimientos desarrollados en el mundo entero, desde la celebración del VI Congreso, la justeza de la línea política desarrollada por nuestra Internacional Comunista, sino también forjar las nuevas armas con las cuales puedan luchar eficazmente contra sus enemigos aquellos que sientan sobre sí el peso de la explotación capitalista y la vergüenza de un régimen de oprobio, de tiranía y de crueldades como el representado por las formas fascistas de dominación.

Nos reunimos en momentos de intensa agudización de las condiciones que destrozan el sistema capitalista; cuando en diversos países impera la dictadura brutal y sangrienta del fascismo; cuando la burguesía de otros países pretende también imponer esta misma dictadura con la ilusión de consolidar su poder y alargar su dominación, y cuando el peligro de guerra y de ataque a la Unión Soviética es más eminente por las faunas rabiosas del capitalismo, que ve lleno de desesperación el crecimiento y la prosperidad del país del proletariado, de la fortaleza donde hallan amparo y ayuda todos los revolucionarios del mundo y que señala a los oprimidos el camino de su liberación definitiva; en los momentos en fin, en que entramos en el ciclo de guerras y revoluciones que señalaba el XIII Pleno de nuestra Internacional Comunista.

La comprobación de la justeza de la línea política de la I.C. en sus esfuerzos por unificar todas las fuerzas del proletariado y formar un solo frente de lucha, ante los ataques e intentos desesperados del capitalismo, la tenemos en los éxitos formidables del Partido Comunista Francés, en Austria, España y en todos aquellos países donde nuestros compañeros interpretan con justeza la línea política de nuestra Internacional Comunista, mostrando que si sabemos despojarnos del sectarismo que aún pudiera subsistir en nosotros, podremos detener el avance del fascismo, luchar eficazmente por impedir la guerra; y, su ésta llegara, hacer lo que nuestro camarada Stalin señalaba en el XVII Congreso del Partido Bolchevique: “Que muchos pueblos que hoy están bajo la dominación del capitalismo, “Por la gracia de Dios”, mañana estén bajo la dirección del proletariado, por la voluntad revolucionaria de los trabajadores.”

Los delegados de España traemos a este Congreso la experiencia histórica de una lucha

armada que en algunas regiones adquirió caracteres de insurrección y que, entre otras cosas, ha tenido la virtud de demostrar una vez más que la socialdemocracia es incapaz de conducir al triunfo al proletariado, que, bajo la bandera del frente único se puede triunfar, como triunfaron los trabajadores de Asturias, y que solamente a base de tener una dirección única y revolucionaria se puede asegurar el triunfo de la Revolución. Nosotros hemos comprobado una vez más la defección de los dirigentes reformistas en los movimientos álgidos de la lucha, aterrados ante el desarrollo del movimiento revolucionario, y la traición descarada de los jefes anarquistas que frenaron el deseo de los trabajadores anarquistas de intervenir en el movimiento, cosa que hoy lo lamentan llenos de amargura y desesperación. Venimos a este Congreso con el ánimo fervoroso de mostrar nuestra adhesión inquebrantable a la Internacional Comunista y a proclamar desde esta tribuna internacional, frente a los alaridos desesperados de la burguesía, nuestro orgullo revolucionario, por tener un jefe como el camarada Stalin (tempestuosos aplausos), que, con mano firme, conduce el timón de la nave de la construcción victoriosa del Socialismo, venciendo todos los obstáculos que una clase que no se resigna a morir hace surgir en su presuroso caminar hacia la sociedad sin clases.

Y siempre fue para nosotros un gran honor tener un jefe como el camarada Stalin, hoy, después de la firma del pacto franco-soviético, nuestro orgullo es mayor, ya que con acierto magnífico, ha obligado al mundo capitalista a marchar en la órbita de acción de la Unión Soviética en defensa de la paz.

Al comenzar las tareas de nuestro VII Congreso, que marcará una etapa decisiva en el desarrollo de la revolución mundial, vayan nuestros saludos entusiastas al camarada Stalin, a nuestra Internacional Comunista, a Dimitrof (aplausos), orgullo de los antifascistas, al camarada Thaelmann (aplausos), a todos los antifascistas encarcelados, torturados y perseguidos, al Partido Comunista de la Unión Soviética (ovación) y al Partido Comunista de China (aplausos), bajo cuya dirección se lucha victoriosamente por el poder de los Soviets.

Un recuerdo a todos los caídos en la lucha contra el capitalismo bajo el arma asesina de la contrarrevolución, como nuestro querido camarada Kirov, cuya memoria sabremos honrar, y vengar su muerte luchando como él supo hacerlo contra la dominación de la burguesía y por nuestro propio poder, el poder de los obreros y de los campesinos y por el triunfo del Socialismo en el mundo entero.

Y, para terminar, un fraternal saludo a todos los compañeros delegados, muy especialmente a los que proceden de países fascistas y vienen a este Congreso a traer la experiencia de las luchas de sus respectivos países para, entre todos, trazar la línea revolucionaria que nos permita, en el plazo más breve, atacar, con la seguridad de vencer, la fortaleza capitalista, y hacer que en el mundo entero undule orgullosa y triunfadora la roja bandera del Comunismo.

¡Viva el VII Congreso de la Internacional Comunista!

¡Viva la Revolución mundial y su jefe el camarada Stalin!

(Una prolongada ovación. Clamorosos aplausos. Los delegados se ponen de pie.)